

de acompañar a muchos en su hora suprema y de conducirlos, purificados de las inevitables manchas recogidas en el camino de la vida, a las eternas moradas de la gloria, cómo he visto reflejarse en sus semblantes y manifestarse en actos y palabras el intenso amor a la Santísima Virgen, el consuelo con que se confían a su protección soberana, la tranquila paz con que duermen en sus brazos maternos el largo sueño de la muerte.

Como han sido hasta hoy los rosaristas en su amor y devoción a la Virgen Santísima, así seguirán siendo en lo sucesivo mientras subsista el amado Colegio. Hondas conmociones harán tal vez estremecer y aun vacilar en lo futuro sus columnas seculares; vientos arrolladores del norte que amenazan agostar las selvas vírgenes de América harán quizás crujir el árbol de nuestra libertad....

Todo puede cambiar; pero quedará siempre al Colegio su nombre gloriosísimo y su amor inquebrantable a la Virgen del Rosario. Sus hijos, de pie, con altivez de héroes invictos, enarbolarán—entrelelazado con el pabellón tricolor—el estandarte inmaculado del Colegio.

DISCURSO

DEL COLEGIAL DOCTOR EDUARDO ZULETA ANGEL
EN EL HOMENAJE DEL COLEGIO A MARIA SANTISIMA

Excelentísimos señores. Ilustrísimos señores.
Señoras, señores.

Por muchas y grandes razones estaba obligado el Colegio del Rosario a tomar parte en el homenaje que la cristiana República de Colombia le tributa actualmente a la Virgen María. Merced al amparo que le dispensara Nuestra Señora del Rosario, este claustro ha alcanzado una vida larga y fecunda en bienes para la

patria. Azotáronlo contrarios vientos, oscurecieronlo alguna vez las sombras de una filosofía heterodoxa, desencadenáronse contra él recias borrascas, pero ni esas adversas vicisitudes, ni el tiempo—suficiente por sí solo para dar al traste aun con organismos bien constituidos—pudieron cuartear sus cimientos espirituales, y hoy, al cabo de tres centurias, aparece esplendente, majestuoso, depurado por el martirio, levantado por la filosofía angélica, vigorizado por el espíritu cristiano y coronado por sus grandes tradiciones. Atenta siempre a los ruegos de Fray Cristóbal de Torres, la Virgen del Rosario escuda perennemente su Colegio.

Pero si era preciso que el claustro, como entidad moral, se asociara forzosamente al público homenaje, si era natural que en su nombre doctos profesores llevaran la palabra y saludaran a María, el uno en períodos acuñados en los nobilísimos troqueles de la latinidad, el otro en estrofas de brillo y consistencia adamantinos, no lo era menos el que los actuales estudiantes del Colegio tuvieran un vocero que viniera a publicar su devoción a la Grande Señora bajo cuyo amparo viven, devoción iniciada dulcemente bajo el techo paterno, al calor de las primeras enseñanzas maternas, acendrada luego por las tradiciones del colegio, iluminada por el estudio y fortificada por la cotidiana revelación de su eficacia.

Quiso Fray Cristóbal de Torres que los estudiantes de este Colegio fueran personas mayores, escogidas para sacar en ellas varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras y con los puestos que merecieran con ellas, siendo en todo el dechado del culto divino y de las buenas costumbres, conforme al estado de la profesión.

Y con efecto, a poco que se medita en la vida y en las aficiones de los estudiantes del Rosario, se ad-

vierte que en tres notas esenciales convienen todos, tres notas altísimas que están por encima de las naturales diversidades de origen, circunstancias pecuniarias, índole de las disciplinas cultivadas, edad y excelencia de los talentos, tres notas magníficas, que se complementan y que conjuntamente forman el más noble ideal humano: amor a Dios, amor a la patria y amor a la sabiduría. Amor a Dios, que es camino indispensable para alcanzar el objeto formal de la naturaleza humana; amor a la patria, que es, como lo quiere el grave Jovellanos, noble y generoso sentimiento que estimula al hombre a desear con ardor y a *buscar con eficacia* el bien y la felicidad de la patria tanto como el de su misma familia; amor a la sabiduría, que es recta aplicación de las potencias a la consecución de la verdad.

Para alcanzar los fines correspondientes a esos tres amores, para llegar a la anhelada meta, los estudiantes del Rosario acuden a María, porque así como Jesucristo en su nacimiento, en su vida y en su muerte es el contraste de los tres desórdenes de que habló el apóstol del amor divino (1), así la Virgen María por la excelencia de sus atributos, por la manera como en ella se complementan la grandeza con la misericordia y la majestad con la clemencia, es dechado insuperable de los tres amores en que se cifran las aspiraciones de los estudiantes rosaristas. Ella es, para valerme de la expresión de Fray Luis de Granada, piadosa medianera entre Dios y los hombres por la cual se juntó el cielo con la tierra y las cosas altas con las bajas. San Agustín, con exquisita originalidad, la llama *farmacia sagrada en donde se preparó el remedio del mundo, adecuado a la grandeza de su mal*, San Juan Damasceno no vacila

(1) M. F. Suárez.



para decir que *Ella es fuente de todas las bendiciones que Dios ha derramado sobre los hombres.*

¿Cómo, los que aquí alimentan su espíritu con las nobilísimas disciplinas filosóficas, podían ser extraños a María Santísima, si Ella es trono de la sabiduría, relicario del Espíritu Santo, generadora de luz eterna e inaccesible, si Ella sobrepaja la ciencia de todos los filósofos, si de Ella surgió el astro cuyo divino resplandor ha iluminado a los que entre tinieblas caminaban, si Ella es más elevada que las celestiales inteligencias y más penetrante que los espíritus de múltiples miradas? (1)

¿Cómo, los que aquí se preparan para el foro, podían considerarse ajenos a la Virgen María, cuando Ella es madre, hija y esposa del que templó la justicia con la misericordia, cuando Ella es espejo de justicia esencial, por la que los legisladores ordenan lo justo, tabla original donde la ley verdadera y primitiva de que habla Cicerón, saliendo de la inteligencia divina, ha venido a inscribirse a las miradas de los hombres para ser la regla de sus juicios, el espíritu de las leyes, la base del derecho, la alta seguridad y la suprema sanción de la justicia humana? (2)

Y siendo María más bella que la argentada luna, más brillante que la aurora y que los resplandores del sol y los fulgores del rayo, más luciente que las estrellas, más hermosa que las rosas y más blanca que la azucena, siendo Ella la aspiración de tantas obras maestras en literatura, en pintura, en escultura, no podían dejar de rendirle culto los que aquí vinieron a aprender las leyes inmutables de la estética.

Pero si, como es evidente, no pueden alcanzarse los fines correspondientes a los tres amores de que

(1) San Anselmo y San Eirén.

(2) Augusto Nicolás.

hablé sin la virtud «por adquirir la cual se revolcaba San Benito desnudo en las espinas» (1), no era menester otra cosa para que a María le tributaran culto fervoroso todos los estudiantes del Rosario.

Porque, como lo asevera el Dante, pretender alcanzar una gracia y no recurrir a María es querer volar sin alas, los estudiantes del Rosario han hecho de Ella su consejero, su abogada, su patrona, su madre, para decirlo todo de una vez.

Y si espíritus semi-escépticos como el autor del *Elogio de la estulticia* y el autor del *Libro del buen amor*, contienen al cercarse a María la vena inagotable de su sátira y prorrumpan en exclamaciones fervorosas, qué ardiente debe ser el amor de los rosaristas a la Virgen, cuando ellos están siempre animados por la fe que crea, por la fe que mueve, que entusiasma, que vivifica.

Al traspasar por vez primera los umbrales del claustro el estudiante interno vuelve anhelosamente los ojos a la Bordadita. En Ella encuentra alivio para su nostalgia y consuelo para su tristeza. El recuerdo de la tierra lejana, ese doloroso recuerdo que en dos estrofas de infinita tristeza simbolizó Stefan George (2); el recuerdo de la madre adorada que a esas horas suspira por el hijo ausente; el encuentro con la realidad de las cosas, despojadas ya de las aparentes grandezas con que una imaginación pueril las rodeara, el temor de frustrar las esperanzas de los seres queridos que allá muy lejos, confiados en Dios, esperan los triunfos del hijo, serían de una intensa amargura si en la capilla del Colegio no estuviera la imagen de la Augusta Se-

(1) Erasmo y Fray Luis de Granada.

(2) Las Guacamayas.

ñora a quien el nuevo estudiante conoció en la cabecera del lecho materno, y si Ella no convirtiera en poderosos acicates los tristes recuerdos y los justos temores.

De todos los confines de la República llegan estudiantes a este claustro, y al llegar suspiran unos por los valles paradisíacos en donde la naturaleza ostenta armoniosa exhuberancia, suspiran otros por las montañas prolíficas regadas con el limpio sudor de sus recios moradores; aquéllos, por la serena y blasonada ciudad señorial; éstos, por las ardientes riberas del Caribe, y no pocos, por el caudaloso río tropical y por la palmera que le prestó al camello *el largo cuello móvil que sus vaivenes finge*.

Pero todos esos gemidos nostálgicos hallan bajo las bóvedas de la capilla un eco que dulcifica los recuerdos. Y presto la nostalgia se va trocando blandamente en un amor al terruño no sentido hasta entonces y ese amor al terruño enciende forvorosos deseos de colaborar en el engrandecimiento de la Patria grande trabajando por la prosperidad de la chica.

Durante su permanencia en el claustro el estudiante lleva siempre a los pies de la Bordadita sus trabajos y sus penas, sus alegrías y sus triunfos. Como él la llama, Ella le responde. Como él la implora, Ella le depara fuerzas para la lucha, ánimo para la virtud y luz para el entendimiento. Esa constante comunicación, estimulada cada vez en mayor grado por la eficacia, no se termina con la salida del Colegio, porque de tal manera deja la Bordadita su imagen impresa en la mente del *estudiante*, que el *doctor* en su peregrinación por la vida ni puede olvidarse de Ella, ni puede dejar de llamarla en sus cuitas. Qué dulces, qué deliciosos recuerdos los que de Ella guardan los estudiantes de antaño. Y con qué fervor vienen a postrarse a

sus pies los que tras de luchar en otras tierras vuelven a esta metrópoli.

¡Oh grande y excelsa Señora! Bajo tu amparo ha de vivir aún muchos siglos este claustro amado; escúdalo como lo escudaste hasta ahora, no dejes de protegerle con tu rosario, defiéndolo contra sus enemigos, conserva en sus aulas el espíritu vivificante de Tomás de Aquino; perdure tu imagen en la capilla secular, ondee siempre aquí tu pabellón purísimo enlazado con el tricolor de Colombia.

Muchos estudiantes han de venir ha buscarte. Consuélalos, confórtalos, castificalos, engrandécelos.

Y a nosotros, a los que bajo tu amparo coronamos los estudios, no nos abandónes, cúbremos perennemente con tu manto, inflámanos en amor a la patria, guíanos por los senderos de la virtud, aliéntanos para la justicia.

He dicho.

JULIAN RESTREPO HERNANDEZ

Fuí alumno suyo en la clase de lógica, luégo, en la de Derecho español y después, en la de Derecho Internacional Privado. Su indulgencia me cambió el título de alumno por el de discípulo, y su cariño trocó, fuera ya de las aulas, este nombre por el de amigo.

En las tres asignaturas que con él hube de cursar pude ver, desde mi insignificancia, al filósofo, al conocedor profundo de la historia del Derecho escrito, al investigador científico de inteligencia viva, memoria portentosa; al profesor, dotado de dos cualidades relevantes en el hombre talentoso: la originalidad y el espíritu crítico. Por la primera de ellas puede llamársele con verdad un *inventor*, que descubrió y supo formular ideas precisas y fecundas; por la segunda, se impuso